

ATRAPADAS

- Alessandra, vivimos bajo una cúpula de cristal - me recuerda mi hermana gemela, mientras nuestros pies descalzos se manchan con el barro de la ciudad. Después de todo, necesitaba que alguien me lo recordara.

Los rayos del sol tienen que pasar por el cristal, y cuando llegan aquí parecen mucho más débiles; y, a pesar de ver las nubes cada vez que la lluvia se avecina, nunca llega una sola gota a nosotras. Aun así, el suelo está embarrado, y cuanto más te alejas del centro de la ciudad, más se complica la tarea de levantar un pie tras otro y caminar.

Tengo la gran suerte de no vivir en la periferia, pero la ubicación de nuestra casa nos hace caminar unas cinco horas diarias, lo cual no es mucho si le preguntas a cualquiera de esas niñas que habitan en lo que parecen lagunas de barro, pero sí lo sería para cualquiera de las mujeres que viven cerca de la Torre Mayor, un edificio tan alto que traspasa la cúpula y que, por supuesto, podrías incluso ver desde el rincón más alejado de la ciudad.

Como es evidente, Aequalitas, nuestra ciudad, al estar rodeada por la cúpula, tiene forma circular. Se dice que si la pudiéramos ver desde arriba sería parecida a un cuenco con picos de piedra gris rodeándonos, como una muralla. Aunque hay que admitir que los picos tienen muchos puntos bonitos si te paras a admirarlos. Lamentablemente, no tenemos tiempo suficiente para eso.

Para las mujeres del centro, los picos, junto a la cúpula, son nuestra mayor protección. Para las de la periferia, que ven la vida con otros ojos, son obstáculos insuperables que nos dificultan crecer y descubrir una nueva vida. Una que nos permita ser importantes, destacables, y no sólo una pieza en un tablero de ajedrez.

Esto es algo por lo que las primeras no se tienen que preocupar, ya que en la Torre Mayor trabajan las más importantes; aunque sus puestos, en el mejor de los casos, son como profesoras o doctoras. Como mujeres no se nos permite acceder a ninguna planta superior al nivel de la cúpula, esa línea que nos separa de los demás. Fuera del edificio, en el resto de la ciudad, las plazas de trabajo son siempre dedicadas a la limpieza o al cuidado de personas dependientes, ya sean mayores o niños.

Llevaba siendo así desde tiempos inmemoriales, pero un pequeño grupo de mujeres jóvenes, todas aproximadamente de unos dieciocho o diecinueve años, había decidido que no iban a vivir su vida de esa manera, y ambas pertenecíamos a él. Debíamos de tener cuidado y no despertar sospechas, ya que nuestros movimientos no podían ser detectados por ningún supervisor. La mayoría del grupo pertenecía a la periferia, aunque algunas éramos de una zona intermedia al centro. En el último año habíamos logrado incluso conseguir un par de integrantes del centro, que nos serían de gran ayuda para llevar a cabo nuestra misión. Un plan de fuga o, mejor dicho, de derribo. No somos menos que nadie, ni de lejos. Y si hay algo que no vamos a hacer es caer en el olvido. Estas, entre otras, eran palabras de ánimo que repetíamos internamente a diario, con fuerza pero en silencio, haciendo que existieran únicamente en nuestros pensamientos.

Por esta razón nos sorprendió y animó a partes iguales tener el placer de descubrir manuscritos de alrededor de quince años de antigüedad, creados por otras mentes de mujeres brillantes, avanzadas a su tiempo, que habían tratado de trazar un plan de escape de esta realidad. Habían elaborado dos posibles planes, el primero consistía en camuflarse entre las mujeres importantes y una vez dentro del

edificio disfrazarse de hombres y subir a los pisos superiores en el ascensor que tenían habilitado únicamente para ellos. Por la restante información que teníamos, el plan no debió de resultar y ellas no volvieron a actuar, ni siquiera utilizando el segundo plan. Nosotras, en cambio, tras un par de reformas en sus ideas, teníamos muchas esperanzas en conseguir elaborar un proyecto de destrucción de la cúpula.

Por fin había llegado el momento de actuar, y tal y como habíamos decidido cinco del grupo, nos acercáramos a la Torre Mayor. *Las mujeres del manuscrito*, así habíamos pasado a llamarlas en los últimos meses de preparación, habían tallado unos pequeños salientes en la superficie de la Torre Mayor que nos permitirían escalar las paredes al anochecer.

Cuando encontré los planos, me recorrió un sentimiento similar a la lástima por alterar un edificio tan elegante, antiguo y único. Era una gran obra arquitectónica, de una belleza inigualable, algo que ayudaba a ocultar el porqué de su existencia. La cruda realidad tras la construcción de un edificio tan difícil de alcanzar para cualquiera de las mujeres en Aequalitas. Era la intención, ya no sólo de separarnos por nuestro género, sino también por nuestra riqueza. Ni siquiera las que accedían a ese edificio a diario dejaban de ser eslabones en la cadena de mujeres, aunque cada vez se parecía más a la cadena alimenticia de los animales. Unas tenían que estar abajo para que otras pudieran estar por encima, sólo para darse cuenta de que, una vez allí, todavía quedaba mucho cielo sobre sus cabezas y mucho más que subir.

Esta noche, bajo un cielo sin luna, tendremos la oportunidad de escalar, literalmente, el edificio que lleva protagonizando nuestras vidas durante cientos de años. Bri y yo nos presentamos voluntarias para la misión. Ya no tenemos nada que perder, vivimos solas desde los doce y nos hemos ido ganando el pan con mucho esfuerzo y pasando por malos momentos. Pese a eso, habíamos conseguido ocultarnos en las sombras y quedarnos con la humilde casa en la zona intermedia que había comprado nuestra madre, Zaira. Cuando teníamos diez años y necesitábamos cada vez más comida y mejor calzado para que los pies no se nos hundieran en el barro, ella había comenzado a trabajar el doble de lo que ya hacía, unas 14 horas de trabajo sin descansos. Siempre se había negado a que nosotras hiciéramos algo para ayudar. Quería que estudiáramos, que tuviéramos herramientas suficientes para conseguir lo que ella hubiera querido lograr para sí misma, para labrarnos un puesto en la Torre Mayor y, ¿quién sabe? Quizá lograr que nos dejaran subir en algún momento por encima del nivel de la cúpula, donde se encontraba cualquiera que fuera importante.

Por esta y otras muchas razones, las vecinas la veían como una soñadora alocada y que no merecía la ayuda de nadie; así que, en cuanto desapareció, no le dieron la más mínima importancia y decidieron no ayudar a sus dos hijas. Quedamos indefensas ante Aequalitas, después de llevar toda nuestra vida encerradas en la pequeña burbuja de mamá, mucho más pequeña que la cúpula que nos rodeaba. Fue como si el barro se la tragara, no volvimos a recibir más noticias acerca de ella, las autoridades no hicieron demasiado por el caso al tratarse de una mujer más de la zona intermedia y ahí se quedó el asunto, dejándonos a mi hermana Briana y a mí totalmente desamparadas.

El hecho de que sigamos aquí significa que nos conseguimos sacar las castañas del fuego, y no sólo figuradamente. El primer año vivimos a base de hogueras y castañas asadas, era la manera más simple de conseguir calor y comida al mismo tiempo. Cuando nos dimos cuenta de que no sería suficiente para pagar las facturas del agua corriente nos vimos obligadas a empezar a trabajar. Ahora todos nuestros conocimientos acerca de la vida y lo dura que puede llegar a ser a veces iban a ser puestos a prueba en la que podría ser nuestra mayor hazaña.

Mientras las demás escalaban el edificio, Briana y yo accedimos a hacer la guardia, ya que estábamos mucho más acostumbradas a escondernos de las autoridades entre las sombras. A pesar de ser algo similar a robots policía, las autoridades en Aequalitas no hacen que nuestros miedos sean inferiores; sino que crezcan terriblemente, al menos si estás a punto de hacer algo penado por la ley, como es nuestro caso en ese momento. Tras una breve despedida nuestras tres compañeras comenzaron a subir con precaución, pero también con una asombrosa habilidad, fruto de nuestro entrenamiento en equipo y de las largas caminatas diarias por el barro.

Cuando empezamos a perderlas de vista, escuchamos sirenas, alertando acerca de una revisión periódica de las calles. ¿Se puede saber por qué tienen que organizarla justamente hoy y a esta hora? Mala suerte, supongo. Si nos quedamos aquí nos descubrirán y eso nos queda claro con solo mirarnos a los ojos... tenemos que buscar un escondite, y rápido.

Nos pegamos lo máximo posible a la pared y, al apoyar las palmas de nuestras manos, una junto a la otra, sobre la vidriera de cristal escuchamos el sonido de un pequeño mecanismo, casi imperceptible, abriendo una apertura en la pared por la que apenas se podía pasar. No nos quedó más remedio que entrar y esta se cerró a nuestras espaldas. Estábamos atrapadas, ese fue mi primer pensamiento, moriríamos encerradas en unos pasadizos oscuros y fríos y nadie nos encontraría jamás, como a nuestra madre. Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos, pero Bri tanteó el lugar y encontró un asidero en la puerta. Podíamos salir cuando quisiéramos. Ahora, con la cabeza despejada, nuestro objetivo era descubrir qué eran esos pasadizos, quién los había construido y por qué allí.

Encontramos un farol de pila algo anticuado, pero que todavía funcionaba y lo utilizamos como guía. A medida que avanzábamos íbamos recorriendo el lugar con la vista y descubrimos unas firmas muy extrañas en las paredes. Según caminábamos, las rúbricas se convertían en frases y, poco a poco, estas se transformaban en textos completos. Descubrimos que el túnel había sido construido por ese grupo de mujeres en el que nos habíamos inspirado para elaborar nuestro plan. Todo esto había sido obra suya. No habían muerto, o por lo menos no en vano, y esa certeza fue capaz de llenar nuestro corazón de alegría y nuestra mente de energía. Leíamos cada mensaje, cada nombre. Hasta que, justo antes de doblar una esquina, nos encontramos un nombre familiar, escrito con una caligrafía que nos recordaba a las clases de escritura que solíamos aprender en casa. Nuestra madre, la mujer que había desaparecido de nuestra vida sin dejar rastro. Las lágrimas acabaron por abandonar nuestros ojos y nos abrazamos mientras la sal rozaba nuestras mejillas. Estuvimos así durante un buen rato, hasta que decidimos que, fuera lo que fuera que le hubiera pasado, íbamos a descubrir a la persona que había hecho sufrir a una mujer tan amable y concentrada en sus objetivos. El hecho de que participara en la primera organización de mujeres contra la cúpula no hacía más que afianzar la bonita visión que ambas teníamos de ella, una mujer segura, única como ella misma.

Continuamos avanzando, y nos topamos de frente con una escalera de madera, como las que se utilizan para pintar las casas en el centro.

Con algo de esfuerzo y con mucho trabajo en equipo conseguimos llegar a la cima. No teníamos la menor idea de cuánto llevábamos allí, ni de si nuestras aliadas ya habían conseguido algún avance, aunque fuera ínfimo. Fuese cual fuese la respuesta, nosotras sí que habíamos hecho más de un descubrimiento: nuestra madre había estado allí.

Al llegar a la cima abrimos la trampilla que se encontraba sobre nuestras cabezas y nos topamos de frente con unas caras que no esperábamos. Nuestras compañeras ya habían alcanzado el último nivel dentro de la cúpula y estaban acompañadas de dos hombres.

Las caras de nuestras amigas no eran las de tres fugitivas que acababan de ser pilladas, tal y como debería ser, sino que parecían ser, más bien de sorpresa. El tono al preguntarnos cómo habíamos llegado hasta allí o al mencionar que la trampilla era totalmente imperceptible confirmaba nuestras sospechas. Los hombres no tenían intención de alertar de nuestra intrusión y, en cambio, se ofrecieron a ayudarnos y darnos una breve explicación.

Tras ellos, vimos cómo el sol salía por el horizonte, era una estampa preciosa desde semejante altura. Desde el último piso que se encontraba bajo el techo de cristal se colaban los rayos del sol de manera mucho más fuerte que abajo y se atisbaba la energía de la vida fuera de la cúpula, ninguna persona atrapada, libertad sin condiciones.

Los dos hombres nos dieron sus nombres: Éric y Apolo. Nos contaron que estaban decididos a hacer algo por nosotras. Ellos también tenían hermanas, madres... y no querían verlas condenadas a pasar su vida encerradas aquí. Nos explicaron que no muchos de los de arriba, así los solíamos llamar, estaban de acuerdo con su movimiento, y por eso iba a convertirse en una tarea complicada. Ellos también tenían un plan, más elaborado que los nuestros y con más posibilidades de salir bien: romper el cristal desde fuera aprovechando una brecha que había formado la primera alianza de mujeres, entre ellas nuestra madre.

Trabajamos durante semanas y conseguimos unir fuerzas, burlar la vigilancia de todas las autoridades y convencer a todas y cada una de las mujeres de unirse a nuestra causa. Fue algo complicado con las mujeres del centro, pero, ¿qué hay más tentador que una pizca de libertad? Subimos todas a la vez y unos pocos hombres se nos unieron. Una vez arriba nos colocamos en posición justo cuando Bri gritó:

- A la de tres, pisaremos este techo de cristal. ¡¡Uno, dos, y...!!

Alessandra- 4 años más tarde...

Se cumplen hoy 4 años desde el día más importante de nuestras vidas, una fecha para resaltar en todos los calendarios. Todavía recuerdo cómo las esquirlas de cristal cayeron bajo nuestros pies, como el viento, como si fuera una más, no nos permitió caer y cómo, con el aire puro, el barro se secó prácticamente al instante. Recuerdo la luz del sol en mi cara, todavía sigo sin acostumbrarme a semejante intensidad de luz.

Quedan muchas cosas por hacer, pero ya ha habido bastantes cambios en estos últimos años. Yo me casé con Apolo, algo que nunca pensaría hacer en el pasado, y hace ya un año que nació nuestra hija, Zaira. Bri se ha convertido en la mejor líder que este nuevo mundo podría desear y yo siempre estoy dispuesta a ayudarla. Se construyó un monumento en honor a nuestras predecesoras y en él figura el nombre de nuestra madre, el mismo que lleva mi hija. Pero, lo más importante es que lo hemos conseguido, somos libres. Libres para ser lo que queramos, para volar con alas de colores y escribir un nuevo mundo, el que nuestra madre y tantas mujeres hubieran querido.

NOMBRE Y APELLIDOS: NEREA PIÑEIRO GAGO

CATEGORÍA: JUVENIL (4º ESO)

CENTRO: LA INMACULADA – MARÍN - PONTEVEDRA

DIRECCIÓN: LA ESTRADA, 8 – 36900 – MARÍN

CORREO ELECTRÓNICO : cpr.lainmaculada.marin@edu.xunta.gal

TELÉFONO: 986881076